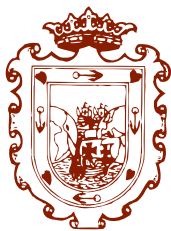




# Actas de las Jornadas de Historia sobre el Descubrimiento de América

**Tomo I.** Jornadas I, II y III.  
2005, 2006 y 2007.  
“Casa Martín Alonso Pinzón”  
Palos de La Frontera  
Excmo. Ayuntamiento de Palos de la Frontera.  
UNIA\_Sede Santa María de La Rábida.

**un**  
**i** **≡**  
**A**



# **Colón, un hombre enfermo<sup>1</sup>**

Actas de las Jornadas de Historia sobre el Descubrimiento de América.

Tomo I: Jornadas I, II, III, 2005, 2006, y 2007. Eduardo García Cruzado (Coordinación).

Sevilla: Universidad Internacional de Andalucía, 2010. ISBN 978-84-7993-094-3. Enlace: <http://hdl.handle.net/10334/3417>

Hablar de Cristóbal Colón no es fácil. Además, su imagen nos es tan familiar que todo el mundo se cree con derecho a opinar sobre su vida y milagros. En estos días no es difícil al oír la radio, u hojear un periódico, escuchar afirmaciones peregrinas. La historieta que, como recurso literario, ideó Dan Brown acerca de la existencia del prepucio de Cristóbal Colón en el mausoleo sevillano no es más que una anécdota. En definitiva, se trata de una novela y las licencias poéticas molestan a quien quiere. En Sevilla, por ejemplo, muchos se han escandalizado porque se da una altura equivocada a la Giralda, ¡tocar un icono de la ciudad!

Otros casos son más graves. En uno de los últimos números de la Revista de Paradores, en un sesudo artículo se sostiene que Colón tuvo diez hijos, basándose en una carta que escribió a su hijo Diego pidiéndole que se ocupara de su hermano pequeño, Hernando. “El es tan bueno”, escribe, que diez hermanos no te serían bastantes”. El texto es claro: tu hermano vale por diez.

Los huéspedes de los Paradores quizá salieron contentos al creer que habían aprendido algo que desconocían. ¡Qué buena revista! Siendo, además, un ejemplar de un organismo oficial, los textos, pensarían, habrían sido elegidos convenientemente. Craso error.

Cuando hoy en día preparamos un viaje, acostumbramos a llevar entre nuestro equipaje un pequeño botiquín. Lo normal es que previamente hayamos contratado un seguro de viaje, que pensamos que nos va a cubrir en caso de enfermedad o de accidente. Por otro lado, por muy exótico que para nosotros sea el país que vamos a visitar, procuramos ir bien preparados: nos vacunamos e indagamos todo lo relativo a las posibles enfermedades que podamos encontrar en el lugar que vamos a visitar. Así pues tan solo nos llevamos paracetamoles y aspirinas, por si nos surge una fiebre repentina; algún que otro antidiarreico -o productos para combatir el estreñimiento-, aerosoles contra las picaduras y poco más. Los que tienen una enfermedad crónica han de llevar su propia medicación.

Ni Colón, ni sus acompañantes, sabían adonde iban, ni qué se iban a encontrar, ni en qué estación del año estarían.

---

<sup>1</sup> Este artículo forma parte del proyecto «Las fronteras y sus ciudades. Herencias, experiencias y mestizajes en los márgenes del Imperio Hispánico. Siglos xvi-xviii». DGCYT . HUM. 20007-64126. Una primera versión fue publicada en ¿Quién era Colón?, Torre de los Lujanes, nº 59, 2006, pp.21-33.

Salvo muy contados especialistas, los demás -la mayoría- desconocemos la historia clínica de nuestro personaje. Vamos a intentar adivinarla a través de los escasos textos que nos han llegado acerca de la salud del descubridor.

He de advertir que yo no soy médico y, que mientras no se demuestre lo contrario, soy partidaria de la genovesidad del almirante, que me va a servir para intentar mostrar su posible historia clínica.

## I. Historia clínica

### Antecedentes patológicos familiares.

*Padres:* eran, al parecer, robustos y saludables. Doménico Colombo, el padre, murió en 1497 a edad avanzada. Susana Fontanarosa, la madre, falleció anciana, en 1483.

*Hermanos:* Bartolomé Colón: murió a los 53 años de sífilis. Debía de ser un hombre fuerte. Como adelantado, como capitán, a él le tocó hacer la mayor parte de las guerras tanto a los indígenas como a los colonos cristianos. Tuvo una vida sexual muy activa: se le conocen varias amantes. No se casó. Diego Colón: Todas las fuentes nos indican que era débil de salud. Sabemos muy poco de su vida personal. Murió soltero a los 49 años de edad. Cristóbal Colón. Murió con 55 años. Ignoramos sus antecedentes patológicos y se desconoce si padeció enfermedades propias de la infancia. Si las tuvo nunca las mencionó.

*Hijos:* Diego Colón. Hijo del matrimonio de don Cristóbal con Felipa Monis y Perestrello, murió con 48 años. Las fuentes nos dicen que llegó a engordar de manera exagerada. No parece que fuera un hombre de vida muy activa, salvo en engendrar hijos: tuvo cinco con su mujer doña María de Toledo, tres chicas y dos chicos, y al menos dos fuera del matrimonio. Hernando Colón. Hijo de la cordobesa Beatriz Enríquez de Arana. Murió a los 51 años. No tuvo hijos. Desconozco de qué enfermedad murió. Falleció soltero.

### Examen físico general del almirante.

Las descripciones físicas del almirante nos fueron proporcionadas por sus contemporáneos. Su hijo Hernando lo describe así:

*Fue el almirante hombre de bien formada y más que mediana estatura; la cara larga, las mejillas un poco altas; sin declinar a gordo o macilento, la nariz*

*aguileña, los ojos garzos; la color blanca, de rojo encendido; en su mocedad tuvo el cabello rubio, pero de 30 años ya lo tenía blanco. En el comer y beber y en el adorno de su persona era muy modesto y continente.*

Las Casas, añadió que tenía barba, la boca mediana y que era más alto que su hermano don Bartolomé; y todos los cronistas coinciden en que era: de rostro alargado, rubio, muy alto, de piel blanca algo rojiza, nariz larga y afilada y ojos azules. Sin embargo, ningún retrato nos lo ha pintado así.

*Hábitos tóxicos:* Ninguno. Era moderado a la hora de comer o de beber.

Su *género de vida* era el de un marinero desde la niñez. Se mantuvo en la actividad de la navegación durante más de 40 años, de ellos 23 viviendo en barcos.

*Condiciones de vivienda:* eran pésimas. Pasó gran parte de su vida en barcos y en posadas de los puertos.

*Alimentación:* Colón consumió los alimentos propios de los marinos de su época: trigo en forma de galletas o bizcocho, tocino, aceite de oliva, habas, pescado salado, sardinas, anchoas, carne (generalmente los jueves y los domingos), ajo, mostaza, higos secos, azúcar y vino. Sabemos que le gustaban mucho las perdices y que en una ocasión ordenó dar cien azotes al criado que regresó con poco caza para su mesa.

Según Las Casas, cumplía todos los ayunos indicados por la iglesia.

## **II. Las enfermedades del almirante**

La imagen que generalmente tenemos de Colón a través de sus hazañas y de sus propios escritos es la de un hombre activo, emprendedor y luchador, la de un ser digno de admiración pese a sus múltiples altibajos y a sus grandes contradicciones. Pues bien, esta imagen cobra aun mayor atracción al descubrir que Colón, al menos desde 1494, cuando sólo contaba 43 años, era ya un enfermo grave.

Ningún cronista nos dijo que era un hombre enfermo, sin embargo, leyendo esos textos despacio vamos a ir descubriendo sus enfermedades.

## **Primer viaje.**

La primera enfermedad de que tenemos noticia fue una inflamación de los párpados, según Las Casas, ocasionada por el esfuerzo constante y desesperado por "ver tierra", a pleno sol, salpicado por las olas, en una atmósfera muy diáfana, o bien en medio de la humedad nocturna. Su sentido de la vista, quizá por una tendencia al albinismo, le permitía ver muy bien en un ambiente oscuro y es más que probable que estuviera ya enfermo cuando vio "como una candelilla que se elevaba y trasladaba" en la noche que se avistó Guanahaní, la isla que llamó San Salvador. Apenas una breve mención de fray Bartolomé nos lo hace sospechar.

La enfermedad que presentó con más frecuencia y la que lo acompañó hasta la muerte fue una afección articular, que le sorprendía en ataques esporádicos.

En el tornaviaje, 16 de febrero 1493, al transcribir el Diario nos dice Las Casas, por primera vez:

*Esa noche <sábado> reposó el almirante algo, porque desde el miércoles no había dormido ni podido dormir y quedaba muy tullido de las piernas por estar siempre desabrigoado, al agua y al frío y por el poco comer.*

Texto que comentó al margen, escribiendo: "la poca substancia que en los miembros tenía".

A su regreso, cuando Colón desembarcó en Lisboa, el Diario no hace referencia a ninguna enfermedad del almirante, lo que nos hace suponer que el dolor de las piernas había desaparecido, o al menos mejorado.

La afección sufrida por Colón se localizó, entonces, solo en los miembros inferiores.

## **En los preparativos del segundo viaje.**

En septiembre-octubre 1493, cuando preparaba el segundo viaje, el almirante vuelve a sentirse mal. Es el momento en el que se alistaron las famosas lanzas ginetas. Juan de Soria, el encargado de hacer el embarque, le mostró entonces unos caballos que iban a ser enviados al Nuevo Mundo, pero, nos dice Colón, "después, al embarcar, yo no los vi, porque estaba un poco doliente...". No precisa cuál fue en aquel momento su enfermedad.

Quizá fuera una disculpa, pues, como sabemos, los caballos resultaron ser de pésima calidad. Lo que disgustó a todos.

## Segundo viaje.

Ya en el Nuevo Mundo, en enero de 1494, cuando se estaba construyendo la ciudad de la Isabela, cuenta Las Casas:

*Comenzó la gente a caer enferma y a morir muchos de ellos... de calenturas terribles... No se escapó el almirante de caer, como los otros, en la cama.*

Su enfermedad duró poco, pues ya el 2 de febrero, cuando envió el Memorial a los reyes con Antonio de Torres, se encontraba mejor, según narró el dominico. Quizá se tratara de una fiebre palúdica que afectaba a la mayoría de los expedicionarios al llegar a las Indias.

El 25 de septiembre de ese año -cuando navegaba entre Puerto Rico y Santo Domingo, con la esperanza de encontrar las tierras del Gran Kan-, después de más de cinco meses de navegación y de estar los últimos 32 días casi sin dormir, Colón sufrió un colapso con postración extrema, que le produjo una fuerte depresión y gran debilidad de las funciones cardíacas, por lo que se vio obligado a permanecer en reposo durante cinco meses. Dice Las Casas:

*Anduvo 32 días sin dormir sueño... súbitamente le dio una modorra pestilencial que totalmente le quitó el uso de los sentidos y todas las fuerzas y quedó muerto, y no pensaron que un día durara... los marineros lo llevaron a la Isabela, donde llegó a 29 días de septiembre de 1494.*

Suele decirse que el almirante sufrió entonces un fuerte ataque de gota. Mejor cabe pensar que lo que Colón tuvo en aquella ocasión fue un tifus exantemático, cuya sintomatología parece que se ajusta más, al decir de los estudiosos que hoy se preocupan de sus enfermedades, a las características que apuntan sus biógrafos. Fiebre, manchas en los brazos, nublazón en la vista, escalofríos y alucinaciones, que se repetirán en una fase reincidente de la enfermedad durante el cuarto viaje, en el que vemos a don Cristóbal nada menos que recibiendo la aparición de Cristo con sorprendentes revelaciones, que sin sombra alguna de pudor se atrevió a poner por escrito.

Aunque por carencia de datos no se puede establecer diferencia de diagnóstico, puede afirmarse que, pasado el colapso, el almirante sufrió una fiebre recurrente, que según algunos autores pudo ser tifus. La prolongada convalecencia quizá se debió a alguna complicación de disentería, escorbuto o a un trastorno articular.

Durante los primeros meses de este viaje Colón fue atendido por el doctor Diego Álvarez Chanca, el primer médico que acudió a las Indias y que

muy pronto abandonó. Seguramente, harto de trabajar, Chanca prefirió regresar a Sevilla, casarse con una viuda rica, trabajar en el Hospital del Amor de Dios y hacer negocios enviando medicinas al Nuevo Mundo, que no volvió a pisar. Tras su marcha la colonia quedó en manos de un boticario, Melchor.

### **Tercer viaje.**

El 14 de julio de 1498, al llegar la expedición a la zona tropical, el cambio de clima y la atmósfera calurosa y sofocante le produjeron al almirante un severo ataque de gota, seguido de una fiebre violenta.

Poco después, cuando salía del Golfo de Paria, volvió a aparecer la gota, en esa ocasión acompañada de una enfermedad ocular. Fue de tal rigor que le obligó a desviar el rumbo y regresar a la Española. El mismo nos dice que por: *tener los ojos cuasi del todo perdidos de no dormir, por las luengas y continuas velas o vigiliias.*

En su relación del tercer viaje, Colón hizo referencia, por primera vez referencia al mal de sus ojos y a una complicación anterior, de carácter semejante, que había padecido en el segundo viaje:

*había adolecido por el desvelar de los ojos, que bien que el viaje que yo fui a descubrir la tierra firme estuviese 33 días sin concebir el sueño y estuviese tanto tiempo sin vista, non se me dañaron ni rompieron de sangre y con tantos dolores como agora.*

Un texto precioso que dio pie al profesor Juan Manzano y Manzano para asegurar que Colón había tocado tierra firme en 1494. Y, más adelante añade:

*También les pregunté donde cogían las perlas, y me señalaron que al poniente y al norte, detrás desta tierra donde estaban. Dexelo de probar por esto de los mantenimientos y del mal de mis ojos.*

Quizá tuvo entonces una conjuntivitis.

La última enfermedad soportada en este viaje se acrecentó, dicen Las Casas y su hijo Hernando, por el sufrimiento moral a que fue sometido, cuando en agosto de 1500 -al llegar a la Española- fue sometido a un severo interrogatorio por Bobadilla y enviado preso a Castilla.

En el barco que le trajo a la Península escribió Colón varias cartas, una de ellas a doña Juana de la Torre, al ama del príncipe don Juan, cuyos términos han hecho suponer a alguno de sus biógrafos que tenía un gran desequilibrio psíquico.



## Cuarto viaje.

La cuarta y última expedición del almirante se vio afectada por un prolongado mal tiempo en el que se sucedieron varios huracanes, sobre todo en las costas de Honduras. Este inconveniente lo obligó a habilitar un pequeño camarote en la popa de su barco y, desde allí, llegó a controlar y dirigir -acostado en una cama- el rumbo de los demás barcos. Fueron tantas las veces que se sintió mal, que creyó próximo su fin.

Cuando a mediados de octubre de 1502 llegó a la costa de Veragua (hoy Costa Rica), sufrió una gran fiebre y cayó rendido de sueño.

Al año siguiente, cuando estaba en Jamaica, aparecieron de nuevo la gota y la fiebre palúdica, que esa vez lo dejaron tullido. En esa situación escribe que:

*también tenía dolor por carecer de los santos sacramentos de la iglesia, mayormente quedando enfermo, como quedaba, lleno de gota.*

Y nos cuenta Las Casas que el 2 de febrero de 1504, cuando se amotinó Francisco de Porras:

*el almirante, que estaba en la cama, tullido de la gota, pensando aplacallos salió de cama y cámara, cayendo y levantando, pero tres o cuatro personas de bien, criados suyos arremetieron y abrazáronse con él, porque la gente desvariada no lo matase y metiéronlo por fuerza en la cama.*

Al narrar una tempestad, en la carta que escribió desde Jamaica en 1503, Colón escribía:

*revino la tormenta y me fatigó tanto a tanto que ya no sabía de mí parte. Allí se me refrescó del mar la llaga. Nueve días anduve perdido sin esperanza de vida.*

Desconocemos a qué llaga se refiere, algunos han apuntado que podía ser una herida en el pie, común en casos de gota.

De regreso a la Península, tuvieron un contratiempo: en el navío del almirante, se quebró el árbol mayor en cuatro pedazos, el almirante estaba en cama y fue su hermano don Bartolomé quien tuvo que ingeniárselas para sustituir el palo que se había roto.

En este viaje el almirante estuvo atendido por maese Bernal, otro boticario. Al regresar, Colón llegó casi ciego a Sanlúcar de Barrameda.

## Últimos años y fallecimiento

En los últimos meses de su intensa vida, Colón no podía levantarse de la cama. Su cuerpo estaba muy inflamado desde el pecho hasta los pies hasta el extremo de que, apuntaba su hijo Hernando, ni siquiera se podía girar en la cama. Tal vez padeciera hidropesía, una enfermedad muy común en la época.

En estas circunstancias Colón, que apenas podía moverse, a fines de octubre de 1505, aderezaba su ida para ver al rey Católico. Se había muerto la reina y quería entrevistarse con don Fernando y con doña Juana, tan pronto como llegase a Castilla.

El camino más cómodo desde Sevilla era por la vía de la Plata; y, como estaba tullido, solicitó permiso para viajar en mula. Como se recordará, los reyes, por un edicto de 1494, con objeto de fomentar la cría caballar, habían prohibido viajar en mula salvo a las mujeres y a los monjes. Como apoyo a su solicitud envió entonces un memorial de sus enfermedades que se ha perdido.

Por si no le daban permiso para ir en mula se le ocurrió al almirante otra posibilidad: solicitar del Cabildo de la Catedral de Sevilla que le prestasen las andas que habían servido para traer el cuerpo del Cardenal don Diego Hurtado de Mendoza para ser enterrado en la sede Hispalense. Permiso que le fue concedido con celeridad, el 26 de noviembre. Más, ay, la administración, siempre lenta, no le dio autorización para viajar en mula hasta el 23 de febrero del año siguiente de 1506. Fue entonces cuando viajó Colón por última vez: de Sevilla a Segovia, donde entonces se encontraba el rey Católico. Pero llegó tarde, don Fernando ya había partido hacia Valladolid al encuentro de doña Juana y don Felipe y a Valladolid se dirigió el almirante. No llegó a entrevistarse con don Fernando, murió esperando una audiencia rodeado de sus hijos, sus hermanos y sus cuñados. El entierro en Valladolid costó 50.000 mrs. Su sobrino Juan Antonio Colombo y su cuñado Francisco de Bardi avalaron la letra de cambio por la que obtuvieron de los banqueros genoveses Tomás Calvo y Gaspar Centurión el dinero suficiente para sufragar los gastos del sepelio y los del desplazamiento de vuelta a Sevilla de toda la familia.

Don Cristóbal murió en Valladolid, el 20 de mayo de 1506, seguramente a consecuencia de complicaciones cardíacas producidas por el reumatismo crónico, que empezó por el ataque agudo que sufrió en 1498 durante su tercer viaje.

### III. Otras enfermedades y sus remedios

Para aliviar la hidropesía debía de acudir Colón a la utilización de una receta, escrita en latín que había copiado de su puño y letra en la última página de uno de sus libros. Se trata de una extraña y complicada fórmula para desarrollar con rapidez el perejil:

*Para hazer crecer el perejil, pon en remojo la semilla en vinagre por espacio de tres días. Después llévala debajo del sobaco tres días, y cuando quieras, siébrala; y después en una hora brota y se come.*

Además del uso culinario, no se me ocurre otra utilización de la planta que como diurético, que era el uso habitual que los antiguos daban a la infusión de sus hojas. Remedio casero que todavía hoy se emplea con éxito y que el almirante debió de usar con frecuencia.

A los cálculos de riñón dedicó alguno que otro pasaje en sus escritos, y en los márgenes de la *Historia Natural* de Plinio, que poseía en su Biblioteca, anotó con cuidado aquellos párrafos que hacían referencia a los cuidados necesarios para aliviar los: «remedios de la piedra y orina» que, al parecer, se curaban de inmediato siguiendo al pie de la letra los consejos del latino, que aconsejaba a sus lectores comer: “los huevos de la sepia [que] mueven la orina y purgan los riñones. El hígado de la culebra que habita en el agua, y también el del pez hidro, bebido», e incluso, «el escorpión marino matado en vino» que, aseguraba el sabio, que «sana la vejiga y la piedra».

Mas en las Indias no hacían falta estas recetas plinianas, porque esa dolencia, nos dice Colón, se curaba con rapidez, como demostraba la experiencia de aquel viejo que en tan sólo dos días sanó de un cólico nefrítico. La razón no era otra que la extraordinaria calidad del agua de las islas, que era:

*delgada, sabrosa, fría y no cruda como otras aguas que dañan y hazen mal a las personas», y que además de tener muy buen gusto «quebranta la piedra, de que han sanado muchas personas.*

De los dientes, como casi todos los expedicionarios, no andaba muy bien. Por ello se preocupaba de llevar siempre consigo *miel rosada*, un producto confeccionado a base de pétalos secos de rosas, agua hirviendo y miel, que se usaba tanto para tratar la estomatitis como para combatir el escorbuto, y que hoy todavía se comercializa y se da a los bebés en plena dentición para aliviarles el dolor de las encías. La miel rosada que Colón llevaba en su equipaje era confeccionada por doña Juana de la Torre, ama del príncipe don Juan, y pagada por la reina Católica, como se puede observar en las anotaciones de sus contadores.

No parece, en cambio, que Colón padeciera ni ictericia, ni la sífilis, ni las «niguas», aquellas atroces pulgas que se introducían en las uñas de los dedos de los pies y que causaron tantos estragos a los que no se entretenían en sacárselas cuidadosamente con alfileres.

Repasando sus notas, vemos que el almirante se quejaba muy a menudo del frío, que le producía, dice, fuertes dolores sobre todo en las manos. El mismo nos dio las claves para diagnosticar su enfermedad en varias cartas a su hijo Diego. «Mi mal non consinte que escriva salvo de noche, porque el día me priva la fuerza de las manos» le anuncia desde Sevilla el 1 de diciembre de 1504, disculpándose de no escribir más a menudo. En otra del día 19 del mismo mes le pide a su hijo que le disculpe con los amigos, no les puede escribir "por la gran pena que llevo en la péndula" (apenas podía coger la pluma).

El frío y la humedad le aumentaban los dolores: "el frío tiene tanta enemistad con esta mi enfermedad, que habré de quedar en el camino". Efectivamente en aquellos días Sevilla había padecido una de esas inundaciones terribles que desbordaron el Guadalquivir.

Claramente el doliente padre nos está describiendo un típico cuadro de reuma artrítico, porque, además, Colón se quejaba siempre del frío húmedo sevillano y nunca del seco granadino, y todos sabemos lo mal que a un reumático le sienta la humedad. Quizá por ello opinaba fray Bartolomé que para el bienestar de su héroe era más saludable dormir y descansar tumbado en las hamacas indianas, que al estar colgadas, evitaban los humores de la tierra.

Aún podemos atisbar otras dolencias en la ya quebrantada salud del marino. Es probable que sufriera de frecuentes jaquecas, ya que en una ocasión comentó que en el Nuevo Mundo nadie padecía de ese mal, olvidándose de los muchos quebraderos de cabeza que las Indias le proporcionaban no sólo a él, sino a la inmensa mayoría de los colonizadores de primera hora.

#### **IV. Su médico. Juan Petit**

Como era lógico, Colón, acudía con frecuencia al médico, que debía de ver y deseárselas para sanar o por lo menos aliviar los dolores de su paciente. Por casualidad conocemos el nombre de uno de ellos, el físico francés Juan Petit, casado con Mencía de Pereda y vecino de Sevilla en la collación de Santa María Magdalena. En 1510 acudió el cartujo fray Gaspar Gorricio ante el notario sevillano Manuel Segura con la intención de que se diera por auténtico un documento importante en el que el Almirante ordenaba amojonar unas tierras para su hijo

Diego en la isla Española. Casi mayor valor que el propio documento, es la calidad y cantidad de testigos que el cartujo presentó en la probanza. Baste ahora señalar que entre ellos se encontraba nuestro doctor Juan Petit, que declaró conocer al almirante desde 1493 y a su hijo Diego desde 1496, y de estar en posesión de muchas cartas escritas de mano del Descubridor, que lo avalaban para poder reconocer como de su mano el escrito en cuestión. Infortunadamente las cartas de Colón a su médico, en las que sin duda consultaría los remedios a sus males, se han perdido, así como la correspondencia que tuvo el galeno francés con el hermano del almirante, don Diego, a quien sabemos que atendía con frecuencia. Tal fue la relación del matasanos con la familia que don Diego, en su testamento de 1515 del que el físico fue testigo, le dejó juntamente con el doctor Ojeda catorce ducados de oro equivalentes a 5.250 maravedíes. La amistad del doctor con la familia le puso en condiciones de emprender lucrativos negocios con el Nuevo Mundo que nunca pisó.

Como hemos visto, Colón fue un enfermo crónico y el conocimiento de sus males quizá nos agrande su figura: pese a todas sus dolencias, luchó contra viento y marea intentando demostrar que era posible llegar al Poniente, a la India, por Occidente.